

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



¿La IA es neutral e inevitable? Reglas claras para una relación a largo plazo

Nahuel González

La irrupción de la IA y lo naturalizado

La IA irrumpió en nuestras vidas con una mezcla de fascinación y alarma, casi como un escenario digno de la ciencia ficción. Desde asistentes virtuales que responden preguntas en nuestras actividades cotidianas hasta algoritmos generativos que producen textos, imágenes, canciones y facilitan entre otras cosas la toma de decisiones, así la IA se posiciona en nuestras tareas y nos invita a preguntarnos: ¿se trata de un punto de inflexión en el siglo XXI?

Sin embargo, lejos de tratarse de un proceso lineal y meramente técnico, la concepción, diseño y utilización de estas tecnologías debe analizarse desde una mirada sociotécnica, es decir, como el resultado de relaciones entre actores humanos, artefactos, instituciones e intereses económicos. Esta mirada se inscribe dentro de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología (CTS), una rama de la sociología que analiza cómo el conocimiento científico y los desarrollos tecnológicos son producto de construcciones sociales. Por eso, lejos de concebir a la tecnología como un simple resultado del avance técnico, los estudios CTS muestran que toda innovación está condicionada por contextos históricos, estructuras de poder, dinámicas institucionales, tensiones e intereses

Bijker (1987, 1995) y Latour (1989) nos invitan a abandonar la idea de que la tecnología sigue una lógica propia, autónoma, ajena al contexto social. Por el contrario, las tecnologías, y en particular la IA, son producto de procesos de negociación, disputa y traducción entre actores con distintos grados de poder. En esta línea, siguiendo a los autores, nos acercamos y comprendemos que las formas que adoptan los sistemas de IA no son inevitables ni neutrales, sino que expresan decisiones políticas, técnicas y sociales que podrían haber sido diferentes.

Por eso, al hablar de IA, en particular, generativas, no podemos reducir el análisis al poder de cómputo o a los logros computacionales. Por ello, debemos ampliar la mirada y preguntarnos: ¿quiénes la diseñan?, ¿con qué datos se alimentan?, ¿para qué fines se implementan?, ¿cuáles son las consecuencias para los sujetos involucrados? Como señala Thomas (2008), las tecnologías no son solo herramientas que resuelven problemas, sino artefactos que configuran relaciones, exclusiones y oportunidades. Por lo tanto, comprenderlas exige incorporar las dimensiones culturales, económicas y políticas que las rodean.

Desde esta perspectiva, la IA no se presenta como un destino inevitable, sino como una construcción que podemos y debemos disputar. En un mundo donde las decisiones algorítmicas afectan derechos, identidades y modos de vida, es urgente establecer reglas claras para garantizar que este vínculo se transforme en una relación de largo plazo, que no se base en la sumisión ni la ignorancia, sino en el conocimiento crítico, la regulación y la participación democrática. Durante décadas se ha dicho que los algoritmos “hablan con números”, por lo tanto, están libres de los prejuicios y sesgos humanos. Esta narrativa legitima la delegación de decisiones sensibles a sistemas opacos. Sin embargo, los estudios sociotécnicos muestran que la objetividad algorítmica es más un ideal retórico que una realidad empírica.

Desde una mirada crítica, cada fase del desarrollo tecnológico implica interpretaciones, exclusiones y negociaciones. En la IA, esa contingencia se manifiesta en los conjuntos de datos con que entrenamos los modelos: si los datos reflejan desigualdades raciales, de género o geográficas, los resultados reproducirán y ampliarán esas mismas asimetrías.

Para las grandes plataformas, que monetizan nuestra atención y datos, la IA resulta eficiente cuando optimiza el beneficio económico. Para la sociedad, en cambio, la meta puede residir en la equidad o la transparencia de su uso. Esta tensión entre la lógica de mercado y la lógica del bien común explica por qué los algoritmos que maximizan clics terminan amplificando la desinformación: el valor empresarial (retención de los usuarios) prevalece sobre el valor social (información veraz que otorga poder).

Los actores sociales de la IA

El desarrollo y la implementación de tecnologías basadas en IA están fuertemente atravesados por actores con un peso específico y desproporcionado. Grandes corporaciones tecnológicas como Google, Meta, Microsoft y OpenAI concentran no solo la infraestructura técnica necesaria, sino también el conocimiento experto, las patentes, los sets de datos de entrenamiento y, en muchos casos, la capacidad de incidir en los marcos regulatorios. Esta concentración impone una lógica verticalista que reduce la diversidad de voces en la toma de decisiones tecnológicas.

Desde el enfoque sociotécnico propuesto por autores como Thomas y Dagnino (2005) podemos entender estas dinámicas como parte de lo que denominaron “efectos de transducción”: procesos por los cuales se transfieren acriticamente modelos, conceptos y estructuras institucionales desde centros de poder global a contextos periféricos. En el caso de la IA, esto se traduce en el uso de herramientas desarrolladas en contextos específicos que son aplicadas globalmente

sin mediaciones locales. Como resultado, muchas veces se consolidan desigualdades o se invisibilizan necesidades de usuarios que no forman parte del “usuario modelo” implícito en el diseño.

A su vez, estas corporaciones han desarrollado estrategias sofisticadas para evitar regulaciones efectivas. Desde el patrocinio de investigaciones académicas hasta el lobby en organismos internacionales, la industria tecnológica influye activamente en las normas que rigen su propio comportamiento. Latour (1989) ya advertía que los actores poderosos logran inscribir sus intereses en las tecnologías mismas, naturalizándolos como si fueran soluciones “técnicamente necesarias”.

La concepción del solucionismo tecnológico refuerza esta hegemonía: se nos propone que cualquier problema social puede ser abordado con más datos, más cómputo, más automatización, pero como advierte Thomas (2016), las tecnologías también pueden excluir, fragmentar o despolitizar los conflictos. Al legitimar como “eficiente” lo que es rentable, las grandes plataformas desdibujan el debate sobre el bien común y silencian otras formas posibles de innovación basadas en la participación ciudadana, la justicia social o los conocimientos situados.

En este contexto, es necesario recuperar la pregunta por la soberanía tecnológica y el control democrático de la tecnología. ¿Quién decide qué se diseña y para qué? ¿Qué espacios existen para disputar el sentido de la innovación? La IA no es solo una herramienta: es un campo de batalla donde se juega la distribución del poder, el conocimiento y los futuros posibles.

Reglas claras para una relación con futuro

La promesa de la IA no puede realizarse plenamente si su desarrollo continúa avanzando en ausencia de un proceso de reflexión crítica, regulación y participación social. Como se ha señalado, la IA no es una herramienta neutral ni inevitable: es el producto de decisiones humanas, de intereses corporativos, de marcos legales y de imaginarios culturales. Su utilización redefine qué entendemos por conocimiento, por creatividad y por justicia, como así también reconfigura la manera en que somos vistos, medidos y gobernados.

Uno de los riesgos más profundos y menos visibles está vinculado a la vigilancia digital. A medida que los sistemas de IA se integran a nuestras rutinas, se consolidan modelos de control algorítmico que convierten cada interacción en un dato a procesar. Esta lógica, vinculada al “capitalismo de la vigilancia”, no solo erosiona la privacidad individual, sino que transforma las relaciones sociales en transacciones trazables, evaluables y eventualmente sancionables. Como advierten Thomas y Vercelli (2007), el control no se ejerce solamente desde el Estado: también

desde plataformas, infraestructuras técnicas y algoritmos que definen qué vemos, qué decimos y qué opciones percibimos como posibles.

Este escenario tiene implicancias profundas para nuestra relación a largo plazo con la IA. Si las tecnologías que usamos para aprender, comunicarnos o crear están estructuradas desde la desconfianza y la extracción de datos, difícilmente podamos construir una relación basada en la cooperación, la transparencia o el cuidado. Por eso, es urgente establecer marcos de regulación que contemplen no solo la protección de datos, sino la participación de los usuarios en el diseño, el control y la evaluación de los sistemas.

Un vínculo saludable con la IA no será duradero si se basa en una relación asimétrica y de desconfianza. Esta relación requiere reciprocidad, reglas claras y mecanismos para corregir sus desvíos. Por ello, necesitamos educar para el pensamiento crítico, y democratizar el acceso al conocimiento. Solo así podremos hacer de la IA una aliada para el bien común y no una amenaza difusa y omnipresente.

Referencias

- Bijker, W. E. (1995). *Of bicycles, bakelites, and bulbs: Toward a theory of sociotechnical change*. MIT Press.
- Latour, B. (1989). *Science in action*. La Découverte.
- Pinch, T. J. y Bijker, W. E. (1987). The social construction of facts and artifacts: Or how the sociology of science and the sociology of technology might benefit each other. En W. E. Bijker, T. P. Hughes y T. J. Pinch (Eds.). *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology* (pp. 17-50). MIT Press.
- Thomas, H. y Dagnino, R. (2005). Efectos de transducción: Una nueva crítica a la transferencia acrítica de conceptos y modelos institucionales. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 16(31), 9-46. <https://www.redalyc.org/pdf/145/14503101.pdf>
- Thomas, H. y Vercelli, A. (2007). La co-construcción de tecnologías y regulaciones: Análisis socio-técnico de un artefacto anti-copia de Sony-BMG. *Revista Espacios*, 28(3), 5-30. <https://www.revistaespacios.com/a07v28n03/07280371.html>

¿La IA es neutral e inevitable? Reglas claras para una relación a largo plazo

Thomas, H. (2008). Estructuras cerradas vs. procesos dinámicos: Trayectorias y estilos de innovación y cambio tecnológico. En H. Thomas y A. Buch (Coords.). *Actos, actores y artefactos: Sociología de la tecnología* (pp. 217-262). Universidad Nacional de Quilmes.

Thomas, H. y Santos, G. M. (2016). *Tecnologías para incluir*. Lenguaje Claro Editora.